

 **REY
D**ESNUDO 
REVISTA DE LIBROS

Comentario bibliográfico

Shepardson, Christine: *Controlling Contested Places: Late Antique Antioch and the Spatial Politics of Religious Controversy*, Berkeley, University of California Press, 2014.

Andrea Simonassi Lyon
Universidad de Buenos Aires
andysimonassilyon@gmail.com

Fecha de recepción: 01/11/2015
Fecha de aprobación: 18/11/2015

El presente libro de Christine Shepardson puede considerarse una obra de consulta obligatoria para aquellos que deseen introducirse en los eventos religiosos de la Antioquía de los siglos IV y V, pero también debe verse como un trabajo original a la hora de abordar los conflictos político-religiosos enmarcados en el cisma cristiano que atravesó aquella ciudad durante el período. No sólo se nutre de los aportes de geógrafos culturales de renombre como Henri Lefebvre, Yi-Fu Tuan, Benedict Anderson y Doreen Massey –entre otros–, sino que también, a lo largo de sus páginas, lleva a cabo un exquisito trabajo heurístico que revela su amplio conocimiento acerca de las cuestiones referidas a la “política espacial”.

El libro se centra en los distintos medios y mecanismos a través de los cuales los líderes cristianos –principalmente– y otras figuras relevantes del período intentan controlar y apro-

piarse del paisaje tanto urbano como rural de Antioquía para lograr moldear las percepciones y comportamientos de sus habitantes. Así, el estudio de Shepardson indaga la posesión y valoración de lugares disputados por distintos grupos religiosos teniendo en cuenta el tumultuoso contexto marcado por acontecimientos como cambios en la dirección del Imperio y divisiones al interior del cristianismo (p. 2). El trabajo de Shepardson demuestra que aquellos que se impusieron como ortodoxia religiosa en Antioquía durante la segunda mitad del siglo IV —la fracción nicena del obispo Melecio— prevalecieron, en parte, debido a que llevaron adelante una contienda a fin de manipular y controlar no solo física sino también retóricamente, la topografía antioqueña.

Resaltando que durante el siglo IV un individuo podía participar de distintas comunidades así como poseer varias etiquetas identitarias, la autora sostiene que Juan Crisóstomo no consideraba cristianos a muchos que se veían como tales. Crisóstomo poseía un ideal de comportamiento religioso que distaba mucho del que llevaban adelante los miembros de su audiencia, vinculados por distintos lazos comunitarios con individuos ligados a otros grupos religiosos. Así, a través de textos de Libanio, Crisóstomo y Teodoreto, el texto releva los intentos por parte de personalidades prominentes del momento —principalmente líderes cristianos como los dos últimos pero también oradores y profesores de retórica como el primero— por lograr moldear la conducta y la identidad de los habitantes de Antioquía así como su interpretación y percepción del paisaje que los rodeaba.

La autora afirma que los lugares urbanos y rurales de Antioquía jugaban un rol central en las luchas por la definición de la ortodoxia religiosa en el siglo IV. Apoyándose en los trabajos de distintos geógrafos culturales, sostiene que los lugares son socialmente construidos y que eso está íntimamente relacionado con la posesión de poder. La manipulación retórica y física de aquellos espacios que significan y representan una cuota de poder, es clave a la hora de observar los acontecimientos que se desarrollan en los mismos. Así, los eventos no existen independientemente de un espacio neutral sino que, más bien, se afectan y moldean mutuamente (pp. 7-8). Así, el paisaje se revela como el escenario donde se negocian los distintos niveles identitarios. El entorno, la memoria y las identidades individuales y colectivas se relacionan simbólicamente, por ende, con el acto de modificar, retórica y físicamente, cómo un lugar es percibido, realidad que afectará necesariamente las políticas e identidades asociadas a él (p. 10).

Shepardson asegura que si bien su trabajo se concentra en Antioquía y sus alrededores, el mismo demuestra que pueden hallarse ejemplos de manipulación física y retórica de sitios significativos en distintas zonas del Imperio.

El libro se encuentra estructurado en una introducción, seis capítulos y una conclusión. Cada uno presenta un detallado estudio que demuestra el poder que poseen ciertos sitios asociados con la cristiandad, el judaísmo o los dioses, así como también los medios a través de los cuales los líderes cristianos intentaron remodelarlos y hacerse con la autoridad que de los mismos emanaba. Así, demuestran el rol central que la manipulación retórica y física de lugares jugó para hacer del Imperio un lugar más visiblemente marcado por el cristianismo niceno.

La introducción nos ofrece una somera contextualización acerca del cisma cristiano que afectó a Antioquía durante el siglo IV y parte del siglo V. A su vez, la sucesión de distintos emperadores con variadas convicciones religiosas influyó los eventos que se desarrollaron en Antioquía durante ese período.

Antioquía gozaba de una ecléctica composición religiosa: judíos, paganos y cristianos convivían dentro de los muros de la ciudad como en los suburbios y zonas rurales. Durante el siglo IV se llevó a cabo el Concilio de Nicea que visibilizó la división entre aquellos que creían que el Padre y el Hijo compartían la misma sustancia y aquellos que sostenían una subordinación del Hijo al Padre. Pero esta división no fue la única que sufrió la cristiandad en este rincón del Imperio romano. En Antioquía, la facción nicena se disgregó en dos grupos representados por Paulino y Melecio, por la cercanía del primero con el obispo de Alejandría, Atanasio. La alternancia de emperadores cristianos con tendencia arriana o nicena o de emperadores como Juliano, con intenciones de revalorizar e imponer el culto a los dioses, fue decisiva a la hora de impulsar a las facciones religiosas que representaban sus convicciones. Durante la segunda mitad del siglo IV, había tres obispos compitiendo por la supremacía en Antioquía. Cada uno controlaba una iglesia en particular, siendo la más importante y significativa la Gran Iglesia, jugando un papel relevante en la política signada por las luchas entre facciones religiosas por clamar la autoridad episcopal de la ciudad debido a que la misma era el lugar en el cual el servicio religioso era presidido por el obispo. Las luchas intestinas por el control del obispado hicieron que este edificio cambiara de manos más de una vez durante el período analizado (p. 23).

Con la llegada de Teodosio al trono imperial, se definió la ortodoxia de la ciudad por la variante religiosa que lideraba el niceno Melecio. Así, luego de varios exilios sufridos durante reinados anteriores, Melecio fue nombrado obispo de Antioquía y él y sus seguidores recobraron el control de la Gran Iglesia y de diversos lugares asociados al cristianismo (p. 18).

Los siguientes capítulos se enfocarán en la manipulación tanto retórica como física de la topografía de Antioquía que le permitió a Melecio, Crisóstomo y la facción nicena que estos representaban, hacerse con el control de ciertos espacios, resignificando la percepción de los mismos y beneficiándose, así, en la lucha por la supremacía religiosa de la ciudad.

El primer capítulo “The Power of prestigious Places. Teaching and Preaching in Fourth-Century Antioch”, examina la competencia por los lugares más prestigiosos para enseñar, entre Libanio y otros maestros, así como la competencia entre distintos predicadores cristianos por hacerse con el control de ciertas iglesias que conferían prestigio. Revela, asimismo, que Libanio era consciente del poder que emanaba de ciertos espacios estratégicos y que el control de los mismos confería una autoridad y relevancia por encima del resto de los competidores. El capítulo comienza con una breve reseña acerca de la educación griega para luego dar paso al camino atravesado por Libanio para controlar el *bouleuterion*, el aula más prestigiosa de Antioquía. De manera somera la autora presenta la biografía del maestro hasta su vuelta definitiva a la ciudad en 354 luego de varios años fuera de la misma. Libanio tiene que empezar enseñando en su hogar y, a través del análisis de sus *Oraciones*, Shepardson muestra cómo éste ve que la locación lleva a una pérdida significativa de prestigio. Para Libanio, el lugar mostraba la calidad de su enseñanza y de su habilidad retórica (p. 38). Así, la autoridad de un maestro estaba ligada al aula en la que enseñaba, y el hogar no confería una cuota de poder relevante. Libanio enfatizaba la importancia de la locación y cuando logró acceder al *bouleuterion* habiendo vencido a otros aspirantes al mismo, hizo uso de su retórica para acrecentar la autoridad ligada al espacio, beneficiándose de la misma y construyendo para sí mismo una alta cuota de prestigio.

Como Libanio con las aulas, distintos líderes cristianos compitieron entre sí para ganar el control de ciertas iglesias que representaban lugares que conferían autoridad. La Gran Iglesia era la más relevante y pretendida por los predicadores cristianos. Así, nuevamente, notamos el énfasis

puesto en la relación entre locación y poder (p. 53). La Gran Iglesia era el lugar de residencia del obispo reconocido como tal y de su congregación. Shepardson señala que en un momento de cisma religioso como lo es la segunda mitad del siglo IV, el control sobre la Gran Iglesia fue uno de los principales intereses de la facción nicena de Melecio así como también la reformulación de la topografía de Antioquía con el fin de lograr la preeminencia y así tener más influencia en sus comunidades (p. 54). Los líderes cristianos lucharon contra otras facciones por el control de lugares significativos con el objetivo de ser ellos quienes definieran la ortodoxia religiosa en Antioquía y, subsecuentemente, en el Imperio (p. 57).

El segundo capítulo se enfoca en la política espacial desplegada a través de la manipulación y traslado de las reliquias del mártir del siglo III, Babilas. Shepardson, aquí y en el siguiente capítulo, analiza cómo los líderes cristianos no solo intentaban hacerse con el control de lugares relacionados con la cristiandad sino también de lugares vinculados a los dioses y al judaísmo.

El templo de Apolo en Dafne se configuraba como un lugar de extrema importancia, no solo por la cantidad de visitas que recibía sino también por la percepción que del mismo tenían los habitantes de Antioquía. En 350 aproximadamente, César Galo ordenó trasladar los restos del santo Babilas, que se encontraban en el cementerio en las afueras de Antioquía, al templo de Apolo en Dafne. Así, las reliquias de Babilas fueron de las primeras en ser trasladadas de su lugar de enterramiento original con el propósito de ser veneradas (p. 61). Cuando asume Juliano como emperador, con su intento de retornar a las prácticas helenísticas, ordena el traslado de Babilas al cementerio donde había sido enterrado inicialmente. Será el obispo Melecio quien finalmente utilice las reliquias de Babilas para beneficiar a su facción nicena en la ciudad a través de la construcción de una iglesia con el fin de albergar al santo y, eventualmente, a él mismo cuando muriera, confiriendo a la locación el prestigio de contener tanto a Babilas como al obispo niceno.

La competencia por el control físico de la locación no puede separarse del de su memoria. Así, Shepardson analiza las obras de Juliano y Crisóstomo como intentos de resignificar el valor del lugar. El templo sufrió un incendio y ambos autores dan explicaciones de por qué se dio el mismo. Juliano por su parte, acusó a los antioquenses de haber desafiado a Apolo y afirmó que fue la ira de éste último, que ya había abandonado el templo, la causa del siniestro. Así, Juliano utiliza su

retórica para mostrar al templo como un recordatorio del castigo que infirió Apolo a Antioquía (p. 69). Por otro lado, Crisóstomo hizo uso del incendio y de la historia de Babilas como evidencia del triunfo del cristianismo niceno, pero también de la debilidad del culto a los dioses y de estos mismos. Crisóstomo asegura que Apolo abandonó Dafne a causa de un poder superior (pp. 74-75).

Lo que observa Shepardson es que la manipulación no siempre es únicamente retórica sino que también puede ser física y, a su vez, que no era una práctica exclusiva de los líderes cristianos, ya que el caso de Juliano demuestra que él mismo hace uso de este instrumento con el fin de revigorizar el culto a Apolo en esa zona.

El capítulo 3, “Being Correctly Christian. John Chrysostom’s Rhetoric in 386-87”, al igual que el anterior, da cuenta de cómo los líderes cristianos intentan hacerse con el control de lugares no cristianos que poseen prestigio. Analizando las homilías *Adversus Iudaeos* de Juan Crisóstomo, la autora demuestra que el niceno tenía un ideal cristiano que distinguía prácticas apropiadas de aquellas que no lo eran: griegas y judías (p. 45). Así, Juan Crisóstomo hacía uso de la retórica espacial con el fin de especificar a qué lugares podía asistirse y qué lugares debían evitarse. En este sentido, el teatro, los templos, la sinagoga y las festividades judías eran lugares y prácticas moralmente peligrosas. Crisóstomo, de esta manera, hacía uso de la retórica para modificar la manera en la que su audiencia veía estos sitios. La identidad individual, para él, estaba intrínsecamente unida a cuestiones de espacialidad, y así conjugaba una geografía imaginaria, redefiniendo lugares geográficos a través de la lente de la ortodoxia nicena (p. 104).

El intento por delimitar una identidad cristiana que respondiera a los cánones defendidos por la ortodoxia nicena se encontraba con un problema: la existencia de judaizantes. Es decir, aquellos que se consideraban cristianos pero participaban de las festividades y prácticas judaicas y asistían a la sinagoga, institución a la cual respetaban ampliamente. La sinagoga era vista por Crisóstomo como un lugar de competencia al que había que resignificar a fin de quitarle el prestigio de que gozaba entre la comunidad de fieles.

Asistir a los lugares vinculados a los griegos y judíos era inaceptable, y ningún verdadero cristiano concurriría a los mismos. Crisóstomo utilizaba entonces su retórica con el fin de crear un nuevo mapa de Antioquía. Es lo que Shepardson llama “geografía de la diferencia”. Crisóstomo

intentaba manipular aquellos lugares que se configuraban como competencia, asignándoles connotaciones negativas y asociándolos a un estado de impureza. La misma impureza podía ser adquirida por aquellos que concurrían a ellos. Es por eso que Crisóstomo utilizaba su retórica espacial con el objetivo de evitar el contagio y preservar la pureza de la Iglesia en sentido amplio (pp. 104-105).

El cuarto capítulo resalta cómo Libanio y Crisóstomo hacen uso de los estereotipos de “rural” y “urbano” imperantes en la Antigüedad Tardía. En este sentido, en la Antigüedad, lo “urbano” era lo civilizado, lo educado, el lugar de la *Paideia*; en contraposición a lo “rural”, lugar que representaba todo lo opuesto.

El objetivo principal de Libanio era “urbanizar” a sus estudiantes, siendo el ámbito rural algo que había que superar; Crisóstomo, en cambio, loaba la austeridad de los habitantes del ámbito rural, contraponiéndolo al lujo, la glotonería: lo mundano del mundo “urbano” (p. 136).

En 387 se sucede en Antioquía la Revuelta de las Estatuas y, para Crisóstomo, este episodio lleva a una transgresión del orden de la ciudad. En la narración del antioqueno, los ciudadanos abandonan el ámbito urbano y se refugian en el ámbito rural y son los cristianos ascéticos que habitaban las montañas quienes ingresan en la zona urbana, los que conllevan a que la ciudad se vuelva un lugar puro y cristiano. Crisóstomo observa que la revuelta invierte los valores de la ciudad: los hombres que dominaban el centro cívico y el ambiente público se desplazan al mundo rural y por lo tanto el ágora queda desierta. En el relato del predicador niceno, el único lugar que funciona como un refugio dentro de los muros es su iglesia, cuyo prestigio y autoridad se eleva en el proceso (p. 157). Así, un efecto colateral de la revuelta es la cristianización, aunque temporaria, de Antioquía, a través del ingreso de los cristianos ascéticos a la misma y a partir del abandono de los hombres de la ciudad, conllevando al cierre de los lugares aborrecidos por Crisóstomo como lugares contrarios a la cristiandad: el teatro, el mercado, etc.

Ya en el quinto capítulo, Shepardson examina los distintos “mapas” de Antioquía que presentan Libanio, Crisóstomo y Teodoreto. Destacando lo que incluían en sus locaciones así como lo que excluían, la autora considera que se puede dar cuenta de las diferencias en sus visiones acerca del paisaje así como también los ideales de comportamiento e identidad que promovían (p.172).

En el caso de Libanio, él mismo resaltaba las conexiones entre Antioquía y el culto a los dioses: la presencia del templo de Apolo en Dafne, el de Artemisa y otros templos menores que demostraban la importancia que tenían (pp. 165-166). Libanio no hacía mención alguna de las comunidades cristianas y judías, siendo un claro ejemplo de cómo los mapas pueden parecer neutrales y objetivos cuando en realidad son instrumentos al servicio de la política (p. 174).

Crisóstomo, por su parte, colocaba los santuarios a los mártires como lugares superiores a los templos de los dioses y, de la misma manera, incentivaba a sus audiencias a que acudieran a los mismos. Desde su punto de vista, los lugares a los que la gente decidía asistir eran una muestra talante de identidad religiosa. En el escenario de competencia religiosa del siglo IV, el asistir a lugares cristianos era una conducta esperada por parte de los líderes. Del mismo modo, Crisóstomo instaba a sus fieles a que se vigilaran entre ellos, a fin de evitar que los “más débiles” concurrieran a lugares asociados a otros grupos religiosos (pp. 183-184).

Teodoreto, por último, da cuenta del rol que los cristianos ascéticos jugaron en la cristianización del paisaje de Antioquía. Como los otros dos autores, presentaba un mapa narrativo de acuerdo a sus intereses religiosos, sociales y políticos y alentaba a sus audiencias a ver el mundo a través del lente cristiano que él propugnaba (p. 187).

El último capítulo, el sexto, releva una serie de ejemplos a lo largo del Imperio a fin de mostrar que el proceso de manipulación espacial que se constató para Antioquía, sucedía también en otros espacios. Examinando legislación imperial y otras fuentes de Alejandría, Milán, Jerusalén, el norte de África, entre otros, Shepardson demuestra que mientras Antioquía era única en cuanto a la riqueza y cantidad de fuentes para el período, este fenómeno atravesaba el imperio durante la segunda mitad del siglo IV y principios del siglo V.

A modo de conclusión, la autora retoma los lineamientos principales que ha desarrollado en cada uno de los capítulos y concluye que, al focalizarse en la manipulación de lugares e identidades religiosas durante el siglo IV, los aportes contribuyen a nutrir el debate contemporáneo sobre geografía cultural, proveyendo al mismo de ejemplos y nueva evidencia histórica. Asimismo, el estudio de la política espacial en relación a las controversias religiosas del siglo IV aporta una herramienta significativa a la hora de estudiar los procesos de cristianización en el imperio romano, así como aquellos vinculados a la definición de la ortodoxia religiosa (pp. 253-254).

El libro de Christine Shepardson aborda una temática poco estudiada por la academia a la hora de observar procesos de cristianización en la Antigüedad Tardía. Su novedoso concepto de “geografía de la diferencia” así como su análisis de las fuentes documentales en clave espacial, se configura como una herramienta a tener en cuenta a la hora de llevar a cabo un análisis de la situación político-religiosa de Antioquia en particular y del resto del Imperio en general durante la segunda mitad del siglo IV y principios del siglo V.